

PREFACIO

Despertar la chamanidad

«Todos estos sueños, estos mitos y estas nostalgias, que tienen por tema central la ascensión o el vuelo, no quedan resueltos por medio de una explicación psicológica; siempre subsiste un núcleo que no es posible explicar, y esto que no puede explicarse es lo que nos revela quizá la verdadera situación del hombre en el Cosmos, situación que, como jamás dejaremos de repetirlo, no es únicamente “histórica”.»

Mircea Eliade, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*

«El chamán representa tanto una figura histórica como una figura arquetípica proveniente de las profundidades del psiquismo colectivo y, por tanto, también de nuestro psiquismo individual: forma parte de nuestra prehistoria, tanto psicológica como cultural.»

Melanie Reinhart, *Significado y simbolismo de Quirón*

Mucho se habla actualmente de la necesidad de realizar un *cambio de paradigmas*, de aprender a *pensar de otra manera*, menos lineal, más holística; de dar ese salto hacia una visión del mundo más ecológica, más comprensiva e integradora. Sin embargo, muchas veces, esto queda tan solo en la enunciación de supuestos nuevos conceptos, los que en la práctica no terminan de transformar la realidad.

En este libro propongo un camino distinto para cambiar nuestro *viejo* paradigma: **la vía imaginativa**. Tal vez sea una forma más efectiva que otras, porque este camino transgrede dos de los supuestos básicos con los que pensamos, sentimos, valoramos y actuamos en el mundo hace unos cuantos cientos de años:

- El *supuesto materialista*, que sostiene que el mundo es solo materia, visible y palpable, y más allá de lo tangible, un *finis terrae* desconocido y amenazante. El lema «ver para creer». Un *loop* cognitivo que se retroalimenta como la antigua serpiente *ouróboros*, la que se muerde su propia cola; y por supuesto termina viendo solo aquello en lo que cree o le han hecho creer...
- El *supuesto racionalista*, que solo confía en la razón y el intelecto, como vías válidas para arribar a un conocimiento *verdadero* del mundo; desterrando al olvido o a las mazmorras de la sospecha la confiabilidad en cualquier otro camino de conocimiento. De la mano de estos principios, no dudamos en negar estatuto de realidad a todo aquello que trascienda la existencia física, dando por sentado que toda función psíquica reside exclusivamente en el cerebro.

Crujen ambos supuestos, porque la vía imaginativa implica asumir una perspectiva completamente distinta, una cosmovisión vitalista mucho más amplia, que integra en una síntesis virtuosa lo mejor de la sabiduría ancestral, con los *insights* y descubrimientos más revolucionarios de la ciencia contemporánea. La vía imaginativa se asocia con lo que algunos autores han descrito como un despertar de la chamanidad,* entendiendo este neologismo más que como un exotismo de interés estrictamente antropológico, como una fa-

* Este término me ha sido inspirado por la lectura de dos autores: Jean-Patrick Costa, quien en su obra *Los chamanes ayer y hoy* (2003) cita a su vez a Piers Vitevsky, quien propone el término *chamanidad* en su libro *Los chamanes* (2001) para referirse al chamanismo, no tanto como una técnica o actividad, sino como un «estado del espíritu». Aclaro de todas maneras que es de mi propia responsabilidad la amplia extensión que doy aquí a este concepto.

cultad de la psique humana que permite acceder conscientemente a dimensiones mucho más vastas y sutiles de lo que solemos llamar *la realidad*; una facultad largamente acallada por las imposiciones restrictivas del racionalismo moderno, que, no obstante, sigue latentemente a nuestra disposición, pues pertenece al patrimonio cognitivo universal del ser humano. Solo es cuestión de encontrar las maneras apropiadas para convocarla nuevamente.

Por cierto, no se trata de emprender un *retorno* a la mentalidad *primitiva*, *pre-lógica* ni a la *irracionalidad*, sino de integrar y expandir las cualidades propias de la consciencia, compensando y equilibrando detrimentos y excesos, desplegando potencialidades, para acompañar los requerimientos y desafíos del momento. Entre ellos, no solo la tensión adaptativa y deshumanizante que genera la aceleración de la virtualidad tecnológica, sino fundamentalmente responder a la necesidad de recrear el sentido de ser cada vez *más* humanos, hábiles para resistir y sobreponernos, pero también para despertar y florecer, para transformarnos y transformar al mismo tiempo el mundo en que vivimos en un lugar más amigable, para reestablecer ese diálogo interrumpido con un cosmos sensible, inteligente y amoroso.

¿De qué trata la chamanidad?

Desde la perspectiva que aquí presento, la chamanidad es una forma de *estar en el mundo* que implica:

- La visión del cosmos como una *unidad multidimensional*, esto es, un cosmos constituido por múltiples dimensiones y planos de realidad, paralelos, superpuestos y/o alternativos, a los que los seres humanos tenemos la capacidad de acceder.
- Una *concepción energética* de la realidad, es decir, la idea de que todo es energía en un flujo dinámico constante, pero, sobre todo, es la experiencia cotidiana de que todo es cambio, de que se *es* a medida que vamos *siendo*..., dejándonos sorprender por la incesante creatividad de la vida.

- La *dualidad complementaria* como tensión fundante de la concepción energética, que enciende la chispa de la vida, que la recicla y regenera constantemente a través de la alternancia y la polaridad, permitiéndonos comprender la necesidad recíproca de la luz y la oscuridad, del día y de la noche, de lo femenino y lo masculino, de la quietud y el movimiento, del morir y el renacer; en definitiva, del equilibrio dinámico entre el cosmos y el caos, como una paridad indisoluble.
- El sentido de *pertenencia a una trama cósmica y vital*, un universo inteligente, animado e insuflado de vida, de espíritu y consciencia hasta en su más mínima hebra. Por tanto, esto nos lleva a vivir en un constante intercambio y homenaje a la presencia viva de todo lo demás, incluso todo aquello que desde la visión materialista consideramos inanimado, como la tierra, el paisaje, las estrellas, nuestros ancestros y tantas cosas más...
- La *temporalidad cíclica*, es decir, la vivencia del tiempo como algo lleno de matices, de momentos con cualidades especiales y diversas, de oportunidades y mesetas, de declinaciones y comienzos. El tiempo cíclico parece repetirse, pero apreciado con mayor perspectiva guarda un sentido evolutivo en su devenir, ya que cada retorno es una recurrente invitación al despliegue de nuevas posibilidades. Siempre hay algo nuevo, el instante presente es único y así, el curso del tiempo genera una espiral cada vez más inclusiva.
- La *existencia de un mundo invisible* como fuente de conocimiento y saber, pleno de espíritu, de presencias y fuerzas con las que es posible interactuar y comunicarse, aprender y recibir orientación, guía y protección. Sin duda, también amenazante y no libre de peligros.
- La *imaginación simbólica* como herramienta privilegiada para acceder al mundo invisible, que otorga al ser humano la particular y específica función de intermediar responsablemente entre los mundos, poniendo en diálogo lo mejor de cada uno.

- La *admiración del misterio* como una invitación permanente a expandir las fronteras del conocimiento, dentro de un marco de humildad, equilibrio y respeto.

En resumen, despertar la chamanidad, una suerte de espiritualidad secular de los nuevos tiempos, es una oportunidad para *multidimensionar* nuestra consciencia, integrando la sabiduría ancestral con la osadía de la perspectiva contemporánea. Y resalto especialmente que esta es una invitación para todas aquellas personas abiertas a concebir el mundo y el universo de una manera más amplia e integral; no solo para los indígenas o sus descendientes, quienes pueden reclamar legítimamente sus derechos sobre este legado, sino para todo ser humano dispuesto a renovar su forma de concebir y estar en el mundo.

Tiempo de convergencias y trans-disciplinas

La tendencia del pensamiento fragmentador no solo es dividir y diferenciar, sino luego trazar bordes y fronteras que con el tiempo se convierten en brechas, fosos o trincheras infranqueables. Así ha sucedido en todos los planos, desde los más sutiles —comenzando por las dicotomías filosóficas fundantes, como mente-materia, hombre-naturaleza, objeto-sujeto— hasta sus expresiones más concretas en la vida práctica, la sociedad, la política, los vínculos interpersonales y muchos otros ámbitos en los que el binarismo moderno nos tiene atrapados.

El binarismo —ese acendrado recurso de reducir toda vincularidad a una oposición lineal, polarizada y excluyente— nos conduce inevitablemente a los dilemas irreconciliables, a la disyuntiva de elegir entre un bando u otro. Según la elemental *lógica del «o»*, el mundo se pinta en blanco y negro, la escala de grises y el arcoíris de la paleta humana se contracturan para encajar en una estrecha caja de solo dos compartimentos: Oriente u Occidente, ciencia o religión, teoría o práctica, hombres o mujeres, maternidad o trabajo, blancos o indígenas, y así siguiendo...

Pero la integración de la diversidad y la transculturalidad son ya valores indeclinables de nuestra época, frutos conquistados a través del intercambio humano en todas sus facetas —aún las más traumáticas—, encuentros que han generado una intensa interconexión que hoy hace posible la emergencia de nuevas síntesis. Y aunque a primera vista parezca lo contrario, ha llegado el tiempo de las convergencias, de dar lugar a la inclusiva *lógica del «y»*.

La *trans-culturalidad* implica un paso más allá de la *inter-culturalidad*; es encontrar lo que nos une, sin abandonar las diferencias, permitiendo que el intercambio dé paso a una transformación recíproca. De la misma manera, la *trans-disciplinarietà* es un paso más allá de lo *inter-disciplinario*; es trascender una frontera, abandonar la zona segura para arriesgarse juntos en lo incierto que espera detrás de los límites del terrenito propio. Como lo expresa Basarab Nicolescu en su *Manifiesto*: «La *transdisciplinarietà* comprende, como el prefijo “trans” lo indica, lo que está, a la vez, *entre* las disciplinas, *a través* de las diferentes disciplinas y *más allá* de toda disciplina. Su finalidad es la *comprensión del mundo presente*, y uno de sus imperativos es la unidad del conocimiento».¹

Deseo poner este libro bajo la luz de este auspicioso fenómeno de las convergencias, que nos invita a explorar más confiadamente el encuentro de lo antiguo y lo contemporáneo, de la ciencia y la espiritualidad, del arte y el chamanismo; y no solo como un apasionante campo de investigación, sino como un auténtico camino de transformación, de alcances muchos más profundos.

Occidente: un estado de consciencia

Así como la chamanidad —tal como la hemos descrito— no es una categoría estrictamente cultural (la condición de consciencia propia de las sociedades que practican el chamanismo), Occidente tampoco es una categoría exclusivamente histórico-geográfica. Si bien hace referencia a la mentalidad o paradigma desarrollado en Europa occidental durante la Modernidad, es decir, a partir del siglo xv en adelante, gracias a la expansión transversal de sus principios y de la tecnología sobre la que estos ca-

balgan, hoy por hoy ha logrado atravesar todo tipo de barreras sociales, de espacio y de tiempo, constituyendo el sustrato de ideas y valores —el paradigma cultural básico—, de la mayor parte de las sociedades humanas contemporáneas.

Al hablar de Occidente aludimos en realidad, a un *estado de conciencia*, ya hoy global, constituido por varias dimensiones:

- Un *patrón de pensamiento*: el materialismo racionalista, la fragmentación y el binarismo.
- Un *sistema de valores*: el individualismo, ideales de libertad, progreso y acumulación de riqueza, legitimidad de la competencia, la dominación y la imposición del poder.
- Una *forma de vida*: el consumismo, el productivismo capitalista, el hedonismo superficial (consumo de entretenimiento y placeres).
- Una *emocionalidad básica*: el egocentrismo, la insatisfacción, la soledad, la ansiedad, la angustia, la adictividad como conducta naturalizada socialmente.

Una descripción muy sintética del *paradigma occidental moderno*.² Suficiente, no obstante, para poner en evidencia que la multifacética crisis contemporánea, que abarca desde la ecología planetaria hasta los abismos del alma humana, tiene una profunda raíz epistemológica, inscrita en nuestra manera de pensar, de concebir el mundo, de otorgarle valor y sentido —o, mejor dicho, de quitárselo— y, por tanto, en la forma de reaccionar emocionalmente y actuar en consecuencia.

Las heridas de Occidente

Adentrarnos en esta dimensión de la crisis contemporánea nos desvela una esclarecedora interconexión entre lo existencial y lo epistemológico, que denuda la profundidad de las heridas de Occidente. De esta forma, lo epistemológico —entendido como la comprensión del diseño de nuestro sistema cognitivo-sensible— deja de ser una curiosidad teórica reservada

a los estudiosos de la filosofía o la neurociencia, para brindar una lente de aumento que permite apreciar el origen del dolor que nos aqueja, tanto al ser humano como al planeta entero.

Aparecen así, con toda claridad, algunos mecanismos constitutivos de nuestra manera de pensar —como la fragmentación y el enfrentamiento entre mente y mundo, entre espíritu y materia, entre hombre y naturaleza y otras dicotomías— como una de las causas centrales del desequilibrio contemporáneo.

De allí se desprenden naturalmente el quiebre espiritual y el sinsentido existencial como consecuencias de una herida básica: la ablación de lo sagrado y la negación de un orden implícito inmanente en lo invisible, tanto afuera en el cosmos como en el interior de nuestra psique. De un lado de la línea demarcatoria, la mente humana hiperdesarrollada retuvo el excluyente privilegio de la inteligencia racional y la capacidad de producir significado. Del otro lado, el mundo quedó reducido a la pura materialidad inmediata, lo físicamente perceptible, una fuente de materias primas explotables e inertes. Semejante operación de la consciencia moderna, si bien logró proporcionar una exitosa operatividad, y un nivel de autonomía que sin duda necesitaba para constituirse como sujeto individual y colectivo, ha dejado frustrados los anhelos humanos más trascendentes y perdurables, acarreando así un convoy de vivencias emocionalmente erosivas —la angustia, la insatisfacción, el sinsentido y la soledad, entre otras— como notas propias de la condición actual.

La encrucijada contemporánea

El proceso no es por cierto lineal y ha llevado unos siglos, pero finalmente parece que estamos tocando fondo. Se ha operado el famoso *desencantamiento del mundo* que tan preclaramente anunciara Max Weber a comienzos del siglo xx: «La intelectualización y racionalización crecientes no significan, pues, un creciente conocimiento de las condiciones generales de nuestra vida. Su significado es muy distinto; significan que se sabe o se cree que en cualquier momento en que se quiera se puede llegar a sa-

ber que, por tanto, no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos o imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser dominado mediante el cálculo y la previsión. *Pero esto significa el desencantamiento del mundo*».³

Aunque parezca paradójico, estamos llegando al máximo grado de inflación del ego moderno: al creer que la mente humana es lo único provisto de inteligencia y significado, no solo se des-espiritualiza al mundo, despojándolo de todo sentido propio, sino que también se entristece irremediablemente al ser humano. El filósofo Richard Tarnas en su obra *Psique y cosmos* lo expresa así: «Tal vez este completo vaciamiento del cosmos, este absoluto privilegio otorgado a lo humano, sea el último acto de proyección antropocéntrica, la forma más sutil, pero prodigiosa de autoexaltación humana».⁴

Por eso, estamos ante una encrucijada y es un momento clave para la toma de consciencia, porque como todo instante crítico, también comporta la posibilidad de desenmascarar dramáticamente el espejismo: si el mundo carece de espíritu y, por tanto, de significado, el ser humano sufre esa misma carencia, ya que el sentido de la existencia nace de la resonancia recíproca entre la mente y el mundo. Pareciera que el alma humana y el alma del mundo son como dos cuerdas que vibran al unísono; si una se ensordece, el sonido de la otra también se apaga.

El punto crucial del cambio de paradigmas no es ya el desarrollo de la visión sistémica, ni la apreciación de la complejidad, temas que se van aceptando aún en los ámbitos académicos, no sin cierta dificultad y reticencia. Y bienvenido sea, pues poner en marcos de comprensión más amplios, de por sí transforma. El verdadero *turning point* —ese punto de inflexión donde la mirada puede cambiar su perspectiva 180 grados— sigue siendo el *reencantamiento del mundo*.^{*} No solo como una proyección de nuestra mente, como una *construcción* de nuestra nueva consciencia, ahora más participativa. Se trata de volver a reconocer el sentido y la inteligencia como

* Tomo esta expresión del libro de ese mismo nombre del historiador de la ciencia Morris Berman (*El reencantamiento del mundo*, 1987), cuya lectura me cautivó ya en la década de los 1990 y fue una fuente imprescindible para escribir mi libro *Del reloj a la flor de loto*.

atributos propios del cosmos, aunque suene como un sacrílego retorno al *animismo*. Esa es la bisagra central de una transformación paradigmática radical.

La recuperación del alma

Para la concepción chamánica, una de las causas más comunes de enfermedad y debilitamiento vital de las personas es lo que se conoce como la *pérdida del alma*. Seguramente, algún suceso traumático significó el desprendimiento —accidental o eventualmente, voluntario— de alguna parte del alma o de alguno de sus varios tipos de almas posibles. Entonces, quien oficie de chamán debe ir en pos del alma perdida, tratar de localizarla y enfrentar los peligros que significa desafiar a las fuerzas o espíritus que la mantienen cautiva en algún remoto rincón del cosmos, recuperarla o tal vez convencer a ese fragmento de alma que debe volver a reencontrarse con el resto de su ser. En cualquier caso, el trabajo chamánico es tratar de reestablecer la integridad y el equilibrio perdidos.

Haciendo una elongación de este concepto tradicional, podríamos decir que Occidente hoy necesita un trabajo de *recuperación de alma*, ya que la crisis contemporánea centrada en una pérdida general de sentido puede asimilarse a una pérdida de alma, tanto en lo individual como a nivel colectivo. Aclaremos, siguiendo nuestra idea anterior, que no es el cosmos el que necesita recuperar el alma, pues, en rigor, nunca la perdió. Somos nosotros, los humanos contemporáneos, los que hemos dejado de escuchar su voz. Y, lentamente, también nos hemos alejado de nuestra propia alma.

Tal vez en esta profunda necesidad de sanación anímica colectiva reside el resurgimiento actual del interés por el chamanismo. Muchas personas reconocen que en esta antiquísima tradición de conocimiento algo está aún vigente, es permeable a recibir nuevos aportes y puede ser de gran ayuda para aliviar las heridas y padecimientos contemporáneos, tanto anímicos y mentales, como físicos.⁵ Su concepción de la salud y la enfermedad es claramente holística, porque las entiende como el balance o el desequi-

libro de múltiples planos energéticos —cuerpo físico, emocional, mental y espiritual—; cuya realineación es la tarea del médico o chamán.

A diferencia del modelo biomédico occidental, que pone todo el poder curativo afuera de la persona —ya de entrada denominándolo *paciente*—, la sanación chamánica se comprende como un proceso sinérgico y participativo, pues para que sea efectiva requiere no solo de los buenos oficios del agente externo —médico, chamán, terapeuta o medicamentos—, sino básicamente de la apertura y compromiso de la persona en vías de sanación.

Por último, la mirada chamánica permite también experimentar la sanación como un fenómeno holográfico y multidimensional, al actuar en el todo a través de la parte; esto implica reconocer que las heridas personales son reflejos de lo global a escala individual. Por tanto, al sanar nuestras propias heridas proyectamos luz y ayudamos a sanar las heridas colectivas, ya que el restablecimiento del equilibrio de los distintos planos energéticos de la persona, genera al unísono un realineamiento de lo personal, lo familiar, lo sociocultural y lo cósmico.

Exploraremos pues en este libro una de las herramientas de sanación y despliegue anímico más sutiles y eficaces que el ser humano ha sabido desarrollar a lo largo de milenios: el poder y simbolismo de las imágenes, cuyo despertar y comprensión constituyen lo que hemos denominado *la vía imaginativa*.